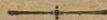


extranjerías, en particular la francesa y la alemana.

De este periodo no citamos nombres, puesto que los trozos y fragmentos que constituyen esta colección, pertenecen todos á autores que brillaron ó están brillando en el mismo.



PROSA



LA ELOCUENCIA

Si el más perfecto orador que la humanidad ha concebido tuvo que vencer los obstáculos que la naturaleza le oponía, y lo logró por la constancia de sus esfuerzos, ¿por qué no han de seguir el mismo camino todos los que quieran serlo? Profundizando algún tanto en este punto; descartando el vulgar error de los que creen que el orador nace; viendo la imposibilidad de que se forme, por decirlo así, artificialmente por la observancia de ciertas reglas, contemplando la naturaleza del hombre, el único entre todos los seres vivientes á quien Dios concedió el misterioso don de la palabra, y con ella, en eterna armonía, la expresión casi divina de su rostro, si no lo desfiguran instintos brutales ó malas pasiones; viendo

en la voz humana y en la variedad infinita de sus inflexiones y modulaciones, la natural y viva correspondencia á los innumerables afectos y pasiones que man-
sa ó violentamente conmueven nuestra alma, se viene en conocimiento de una gran verdad, aunque parezca una paradoja: *todos los hombres son oradores*. Si, todos lo son naturalmente, y dejamos de serlo la mayor parte por los malos hábitos que desde los primeros años contraemos, por los vicios de la educación que recibimos y por las falsas ideas que acerca de la elocuencia nos formamos. ¡Quién no habrá sido elocuente alguna vez en la vida! ¡Qué mujer no lo es al llorar la muerte repentina ó violenta de su adorado esposo; qué madre no conmueve con su acento y con su ademán al ver en gran peligro la vida de un hijo; qué hombre del pueblo al sentir una afrenta que rechaza; qué buen ciudadano al jurar eterna venganza contra los enemigos de la patria! No se necesita más que sentir, sentir bien, para expresarlo con verdad y ser elocuente en aquel momento. Para serlo siempre, es menester sentir, estudiar, saber mucho.

Esta es la fuente que señala Horacio á los que deseen escribir bien, y no hay otra, ciertamente, para los buenos oradores.

SALUSTIANO DE OLÓZAGA.
(Estudios sobre Elocuencia, política, etc.)

DE LA POESIA EN GENERAL

Algunos han tomado la poesía por negocio de puro solaz y pasatiempo, por juguete bueno para ocupar las horas de ocio, ó una especie de receta para alejar el fastidio. Otros se propusieron realzarla considerándola como una hermosa corteza á propósito para cubrir verdades útiles, como un velo agradable tendido sobre las sentencias morales. Unos y otros erraron: la poesía tiene un valor real y propio; que consiste en elevar el alma á las regiones de lo bello, ennoblecer sus afecciones, cultivar sus inclinaciones derechas, y disponerla á la gracia y elegancia moral. De este modo y no ocultando mañosamente verdades positivas, no haciendo máximas morales y aforis-

mos dogmáticos, obra eficazmente la poesía para adoctrinar y mejorar á los hombres. Aún mayor influjo que el que le cabe sobre los individuos, alcanza sobre las naciones, cuyos innumerables miembros hermana difundiendo afectos semejantes: conserva en ella el sagrado depósito de la tradición, y, con el recuerdo de costumbres y épocas gloriosas, puede ser parte á alzarlas de un abatimiento momentáneo y vergonzosa postración.

La grande influencia que la civilización de los Griegos y Romanos ha ejercido sobre las naciones modernas, debe mirarse como una de las principales causas de que aquellos pueblos hayan sido considerados, durante algún tiempo, como la única patria de la poesía y de las artes; pero si bien en ambos, y sobre todo en el primero, llegaron á un alto punto de esplendor, y les merecieron una atención particular y una especie de culto, todavía es cierto que el hombre, y especialmente el pueblo de todas épocas ó países, es más ó menos poeta. Entre los Asiáticos sobresalieron como tales los Indios,

los Persas y más recientemente los Arabes, al par que los Hebreos dieron al arte que nos ocupa el mayor destino que caberle pudo, cual fué el de expresar las inspiraciones divinas, y dejaron á las generaciones venideras ricos tesoros de grandiosa poesía, tanto de la que enarra acciones heroicas é importantes, como de aquella que sondea los misteriosos pliegues del corazón humano, y de la que le impele á generosos afectos.

Tampoco se crea que el cultivo de este arte sea privativo de las épocas de costumbres refinadas y de más adelantada cultura, cuyas producciones poéticas, si bien exentas de la rudeza y barbarie que afean las de las edades primitivas, no las igualan en los dotes más preciosos é intrínsecos de naturalidad, candor y entusiasmo. En los principios de un período social, cuando cada tribu forma una como vasta familia, ocupan los poetas la más elevada posición: son los filósofos, los historiadores y sacerdotes del pueblo naciente; su oficio no es el agradar, sino adoctrinar, causar admiración é infundir el entusiasmo. Tales eran los Bardos de los antiguos Celtas ó Bretones, tales en

especial los Escaldas de los Escandinavos, y tales serían en nuestra España los Cantores de los antiguos Callasios ó Gállegos, los de los Celtíberos, los de los Turdetanos, que á sus poemas atribuían seis mil años de antigüedad, y los de los Cántabros, que entonaban los suyos al espirar en la cruz. El destino de la poesía entre pueblos de tal condición fué el de celebrar fiestas cívicas y religiosas, nupcias y funerales; alimentar bélicos impulsos en los ánimos varoniles, cantar habidas victorias, y referir antiguos acontecimientos de amor y desventura. Así es que las poesías, no menos que muchas costumbres de las sociedades nacientes, se asemejan entre sí sobremanera, á pesar de que ciertas diferencias, nacidas de algún rasgo peculiar de la raza ó del país, ó de algún hábito dominante en cada pueblo, las distinguen y dan á cada una el carácter individual que constituye su nacionalidad.

Durante la semi-civilización de la Edad Media, el destino de los poetas fué un tanto semejante al de los siglos bárbaros. Menestrales y trovadores animaban la mesa del festín con regocijadas cancio-

nes, inflamaban los pechos en las refriegas y relataban, al amor del hogar, añejas leyendas amorosas, devotas ó guerreras. En los modernos siglos, á pesar de no pocas y venerandas excepciones, el errado concépto que se formó de la naturaleza de la poesía, la preferencia que de ordinario se ha dado á mostrar artificio y agudeza sobre conmover y entusiasmar, la extremada y falsa imitación de los antiguos Griegos y Romanos, han conducido al Arte á un estado general de abandono y postración, hasta que, casi en nuestros días, se ha dado más valor al sentimiento de lo bello, se ha enriquecido la teórica de la poesía con el atinado estudio y profundo conocimiento de sabias literaturas antiguas y modernas, y se la ha realzado, señalando y restableciendo su natural y primitiva alianza con la alta filosofía.

La poesía ha roto últimamente las estrechas vallas que limitaban su carrera, y, recorriendo el campo de la historia, ha encontrado nuevos manantiales y maravillosos espectáculos,

El ciego coplero que, rodeado de crédulos labradores, refiere pavorosas historias; el viejo menestral que, al divisar las torres de su señor feudal, siente renacer en el pecho los fuegos de la juventud; el trovador airosamente vestido que, acompañándose con la bandurria provenzal ó con el arpa adornada de la cigarra de oro, encantaba las cercanías del Languedoc ó del Llobregat con los más dulces acentos de la dulcísima habla lemosina; el gondolero veneciano que al cruzar su batel anchos canales plateados por la luna suspiraba suaves querellas; la huri de Oriente que durante una noche serena recorría cantando vergeles de naranjos y rosales; el americano Sachem que al pie de una cascada recordaba los cantares de su infancia; la maga del Norte que con silvestres sagas conmovía los gigantescos altares de piedra que la dedicaban; el bardo que, sentado sobre un desnudo peñón, unía su voz á la de cien espíritus que bramaban durante el ruido del trueno; hasta el profeta que derramaba lágrimas de dolor sobre las desgracias de Sión... todos estos cantores han aparecido en el presente siglo y unido

sus acentos á los sublimes versos del padre Homero.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS,
(Compendio del Arte poética)

ELOCUENCIA POPULAR

La elocuencia popular; esa elocuencia que tiene por tribuna el espacio y por auditorio el pueblo, es la que permite vuelos más atrevidos, imágenes más valientes y emociones más vivas y profundas. El pueblo no calcula de antemano ni cambia sus convicciones por su interés. Hay ideas y nombres mágicos que siempre hallan eco en su corazón, y, además, el orador está libre, con él, del peligro de la envidia, porque el pueblo es demasiado grande para que pueda ser envidioso. Siempre atiende menos á los adornos del lenguaje que al nervio y energía de lo que se le dice. Quiere oír cosas grandes y que se le anuncien con apasionada voz, con ademanes expresivos y con todos los síntomas de convicción y de entusiasmo. Perdona la incorrección en gracia al vigor de las ideas y al calor y vehemencia

de las formas que siempre le contagian. ¡Qué grande espectáculo el de esa tribuna inmensa en que el orador agita ó calma las masas con el soplo de su palabra. ¿Quiere llevarlas al combate? Lanza una voz poderosa que resuena en todos los pechos como el trueno retumba por los senos de las cavernas, y el pueblo desenvaina el acero y se apresta á la pelea. ¿Quiere después enfrenar sus ímpetus belicosos? Pronuncia una palabra templada ó insinuante, y la multitud mete la espada en la vaina, quedando la mano pegada en la empuñadura, como si esperara una nueva orden de otra nueva inspiración. ¿Quiere el orador excitarle á la piedad? Derrama por el espacio una voz que invoca la compasión y la lástima, y el pueblo se muestra más que nadie generoso, porque se reconoce más que nadie pobre y desvalido. Esta es la elocuencia por excelencia, elocuencia que toca todas las fibras del corazón, que invade hasta su santuario, que todo lo puede, que todo lo intenta y que todo lo alcanza. El tribuno habla á las oleadas del pueblo que le rodean extasiadas, y éstas ceden doblandose al impulso que les comunica.

como las espigas de los campos se posttran al empuje del viento de la tarde.

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ.

(Lecções de elocuencia.)

LA GEOGRAFIA

BASE PARA EL ESTUDIO DE LA HISTORIA

La más sencilla, la mayor recomendación de esta ciencia, se encierra en su nombre; porque geografía quiere decir tanto como pintura ó descripción de la tierra. Pero si reflexionáis que ella debe conducirnos al conocimiento del lugar que fué señalado á nuestro planeta en el gran sistema del universo, al de su figura y tamaño, al de los climas y regiones en que está dividido, de los mares que le abrazan, de las montañas que le cruzan, de los pueblos y naciones que le habitan, y, finalmente, al de esta superabundancia de los bienes y consuelos que la bondad del Criador derramó en su superficie, ó encerró en sus entrañas para dicha del hombre, fácilmente concebiréis cuánta sea la extensión, cuánta la excelencia de este nuevo estudio.

Pero esta excelencia se realzará más á vuestros ojos cuando, reuniendo el estudio de la historia al de la geografía, consideraréis la tierra como morada del género humano. Entonces este estudio, levantándoos á más alta contemplación, os pondrá delante los hombres de todos los tiempos, como los de todos los países, las varias sociedades en que se reunieron, las leyes é instituciones por que se gobernaron, los ritos, usos y costumbres que los distinguieron. El os descubrirá las secretas causas y las grandes revoluciones que levantaron los imperios de la tierra, y los borraron de su superficie; y el rápido torrente de tantas generaciones, viendo al hombre subir lentamente, desde la más estúpida ignorancia hasta la más alta ilustración, ó caer precipitado desde las virtudes más sublimes á la depravación más corrompida, y conoceréis que no puede presentárseos un estudio más provechoso ni más digno del hombre.

Y todavía este estudio recibe mayor recomendación por el auxilio que presta á las demás ciencias; pues si bien se adelanta y perfecciona por ellas, también las

vuelve con usura lo que recibe, concurriendo á perfeccionarlas. El conocimiento de la naturaleza es el fin á que se encaminan todas las ciencias; pero el hombre no puede subir á este conocimiento sino por el estudio del planeta do tiene su morada, y por el examen de las relaciones que le enlazan con el gran sistema del universo. La misma astronomía, que más que otra alguna ha concurrido á ilustrar los principios geográficos, parte desde el conocimiento de este planeta á contemplar los cielos, y busca en él sus puntos de apoyo para fijar la situación de los astros, señalar sus órbitas, y seguir su curso en los inmensos desiertos del espacio. En él toma la geometría el tipo original y eterno de sus medidas, para perfeccionar sus teorías y aplicarlas después á tantos usos públicos como lo hacen recomendable. La geografía dirige al navegante por los inciertos mares, al mismo tiempo que abre al geólogo todos los ángulos de la tierra, y conduciendo por su inmenso ámbito al historiador y al estudioso de la naturaleza, desenvuelve á sus ojos todos los seres que debe descubrir, todos los hechos que debe recoger,

todos los fenómenos que debe someter á la observación y á la experiencia, para indagar estas leyes eternas á que obedece constantemente el universo y que forman el grande y universal objeto de las ciencias. Pero las que pertenecen á la política tienen aún más clara dependencia de la geografía. ¿Pueden por ventura, sin su conocimiento, organizarse las sociedades, ni regularse su gobierno? Ella es la que fija sus límites y los subdivide; la que determina los objetos de las leyes y su conveniencia, y la que señala la necesidad y el provecho de sus instituciones. Sin ella no puede la política combinar sus empresas; la magistratura dirigir su vigilancia y providencias; ni la economía perfeccionar su sistema y sus planes. La agricultura, la industria y el comercio, deben consultarla á todas horas, ya sea para dirigir sus operaciones, ya para reedificar sus cálculos, ó ya para buscar, determinar y extender la esfera de los consumos; y si es cierto que las ciencias morales se apoyan principalmente sobre el conocimiento del hombre, ¿cuánta luz, cuánto auxilio no podrán esperar de la geografía histó-

rica, la única que le puede presentar en todas las épocas, en todos los climas, en todos los estados y en todas las situaciones de la vida pública y privada?

No os negaré yo que los hombres abusando de la geografía, han prostituído sus luces á la dirección de tantas sangrientas guerras, tantas feroces conquistas, tantos horrendos planes de destrucción exterior y de opresión interna, como han afligido al género humano; pero ¿quién se atreverá á imputar á esta ciencia inocente y provechosa las locuras y atrocidades de la ambición? ¿No será más justo atribuir á sus luces estos pasos, tan lentos, pero tan seguros, con que el género humano camina hacia la época que debe reunir todos sus individuos en paz y amistad santa? ¿No será más glorioso esperar que la política, desprendida de la ambición é ilustrada por la moral, se dará priesa á estrechar estos vinculos de amor y fraternidad universal, que ninguna razón ilustrada desconoce, que todo corazón puro respeta, y en los cuales está cifrada la gloria de la especie humana? Entonces ya no indagará de la geografía naciones que conquistar, pue-

blos que oprimir, regiones que cubrir de luto y orfandad, sino países ignorados y desiertos, pueblos condenados á oscuridad é infortunio, para volar á su consuelo, llevándoles, con las virtudes humanas, con las ciencias útiles y con las artes pacíficas, todos los dones de la abundancia y de la paz, para agregarlos á la gran familia del género humano, y para llenar así el más santo y sublime designio de la Creación... Mientras la envidia pesa en injusta balanza la sangrey lágrimas de tantos pueblos descubiertos y conquistados, sin poner en ellos la santa moral, las leyes justas y las instituciones benéficas, que recibieron en cambio, saquemos nosotros una útil lección de estas pasadas glorias, y veamos cómo España, después de haber despertado la atención de las demás naciones, y dádoles el primer impulso para que le siguiesen en tan ilustre carrera, contenta con el fruto de sus victorias, y dormida sobre sus laureles, empezó á desdeñar los estudios á que los debiera; y cómo olvidándolos, casi por dos siglos enteros, se abandonó á las especulaciones de una filosofía estrepitosa y vacía, en tanto que

otros pueblos, contemplando los cielos, explorando la tierra y cultivando las ciencias naturales, corrían á un mismo paso á la cumbre de la ilustración y la opulencia.

¡Qué época tan gloriosa no abre aquí la historia á vuestros ojos, y cuántos ilustres genios no presenta á vuestra veneración! Copérnico, fijando el sol en su trono; Keplero, dando leyes al giro de los planetas; Newton, reduciéndolas á un principio tan sublime por su sencillez como por su grandeza; Galileo, Hevelio, Gasini, Lacaille y Herschel, describiendo, poblando y ensanchando los cielos, y tantos como, buscando en ellos el conocimiento del globo, lograron colocar su nombre entre los fundadores de la geografía moderna.

Su ilustre ejemplo infunde un ardiente espíritu de investigación en la filosofía, que, aliada con las artes, inventa instrumentos, perfecciona métodos, multiplica recursos, y, doblando el alcance de la vista y las fuerzas de la razón humana, abre á su contemplación los cielos y la tierra, y somete á sus cálculos, así los cuerpos grandes y remotos, como los

imperceptibles y escondidos en la naturaleza.

Entonces fué cuando la política, avergonzada de no tener alguna parte en esta gloria, empezó á inspirar en los gobiernos el deseo de asociarse á las ciencias, y aclarar y proteger sus designios. Y ved aquí el noble impulso á que fueron debidas aquellas empresas memorables que sólo pudo coronar la generosidad del poder, reunida al amor de la sabiduría, y que levantaron á tanto esplendor la ciencia geográfica. Premios señalados á los inventores de instrumentos para combinar con mayor exactitud las medidas del tiempo y del espacio; colonias de sabios destinados al Ecuador y á nuestro polo para resolver la cuestión cardinal de la figura y tamaño de la Tierra; astrónomos derramados por todas las playas del mundo, para determinar el tránsito de Venus por el disco solar, la paralaje de este gran planeta y su tamaño y distancia de nosotros; navegantes entregados á mares nunca conocidos, para descubrir entre peligros y naufragios los helados continentes de uno y otro polo... No, no nos es dado reducir á los estre-

chos límites de un discurso tan amplia materia de alabanzas. Algún día la descubriréis en la historia de las ciencias, cuando, con los nombres de Condamine y Maupertuis, os presente los de tantos dignos compañeros de sus trabajos; y algún día también, leyéndola, honraréis con vuestras lágrimas los de Cok, Malespina y Laperouse, y deploraréis el maligno hado que se complacía en confundir en su memoria, como en la de Colón y Magallanes, la gloria y el infortunio.

España, cediendo al mismo noble impulso, había asociado sus hijos á la gloria y á las fatigas de estas empresas; pero como si sólo hubiese recobrado su antigua energía para hacer más digno uso de tantas luces y experiencias, la veréis ahora acometiendo otra empresa, cuya grandeza se recomienda por su misma utilidad. Yo os lo recuerdo con tanto más placer, cuanto con algunos nombres, muy caros á mi amistad, presento á vuestra gratitud el del piadoso monarca á quien Asturias debe este Instituto, y vosotros esta enseñanza. Carlos IV, siguiendo las huellas de su ilustre padre, y los consejos

de un celoso ministro, nuestro protector y compatriota, supo aplicar todas las luces atesoradas por la astronomía y la náutica al adelantamiento de nuestra geografía nacional. A ella se debe este excelente atlas hidrográfico que tenéis á la vista, trabajado con tan sabia diligencia y publicado con tanta generosidad. Él encierra un rico depósito de útiles é indispensables conocimientos, y él es el más irrefragable testimonio de la munificencia del soberano y de la ilustración de su ministro. Él fijó con eternas señales los límites del continente de España, ofreciendo á sus pilotos y al extranjero navegante una senda segura en sus mares, una cierta guía en los arrumbamientos de sus costas, una sonda y una luz constante en las radas y puertos do quieran conducir sus naves. Nuevas cartas esféricas se suceden todos los días, y enriquecen nuestra colección hidrográfica, y extienden tan importante beneficio á los vastos continentes de nuestras colonias; y, si algún hado adverso no detiene tan loable impulso, la hidrografía española, ilustrando la mayor porción de la tierra, restablecerá el nombre de España al digno lugar

que ocupó un día, y que le destina la posteridad en la historia geográfica...

Miremos como una desgracia del espíritu humano que sea más propia de su condición esta inquieta curiosidad de saber lo que menos le importa, que la constancia en adquirir lo que más le interesa. ¿Por qué correrá desalado tras lo distante y extraño, descuidando lo cercano y doméstico? Observamos con más ahinco el cielo que la tierra, y preferimos el descubrimiento de regiones extrañas y remotas al conocimiento de nuestra propia morada. Estudiamos con más afán la historia de Roma y Grecia que la de España, y la geografía del Japón que la de nuestra península. Y mientras podemos señalar con el dedo el lugar que ocupa en los cielos una estrella solitaria, y una isla desierta en la inmensidad de los mares, ignoramos el origen de nuestros ríos, las raíces de nuestros montes, la situación de nuestras provincias, y acaso el punto que ocupa en España el centro de nuestra circulación, y el asiento de nuestro gobierno; funesto abandono, que parecería increíble, si, propio de la humana flaqueza, no fuese

más ó menos imputable á todos los gobiernos!

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

ENTRADA DE LOS FRANCESES

Clara ya y del todo descubierta la política de Napoleón respecto de Portugal, disponían en tanto los fingidos aliados de España dar al mundo una señalada prueba de alevosía. Por las estrechuras de Roncesvalles se encaminó hacia Pamplona el general d'Armagnac con tres batallones, y, presentándose repentinamente delante de aquella plaza, se le permitió sin obstáculo alojar dentro sus tropas; no contento el francés con esta demostración de amistad y confianza, solicitó del Virrey, marqués de Vallesantoro, meter en la ciudadela dos batallones de suizos, so color de tener recelos de su fidelidad. Negóse á ello el Virrey, alegando que no le era lícito acceder á tan grave propuesta sin autoridad de la corte; adecua-

da contestación y digna del debido elogio, si la vigilancia hubiera correspondido á lo que requería la crítica situación de la plaza. Pero tal era el descuido, tal el incomprensible abandono, que hasta dentro de la misma ciudadela iban todos los días los soldados franceses á buscar sus raciones, sin que se tomasen ni las comunes precauciones de tiempo de paz. No así desprevenido el general d'Armagnac se había de antemano hospedado en casa del marqués de Besolla, porque situado aquel edificio al remate de la explanada y enfrente de la puerta principal de la ciudadela, podía desde allí acceder con más facilidad el oportuno momento para la ejecución de su alevoso designio. Viendo frustrado su primer intento con la repulsa del Virrey, ideó el francés recurrir á un vergonzoso ardid. uno á uno y con estudiada disimulación mandó que en la noche del 15 al 16 de febrero pasasen con armas á su posada cierto número de granaderos, al paso que en la mañana siguiente soldados escogidos, guiados bajo disfraz por el jefe Robert, acudieron á la ciudadela á tomar los viveres de costumbre. Nevaba, y ba-